

¿Volver a España?

Ignacio Fernández Salgado es hijo de republicanos españoles exiliados en París. Va a irse de vacaciones a España con amigos.

Ignacio Fernández Salgado habría preferido ir a Grecia, o a Italia, o a Holanda, o a Marruecos, cualquiera de los destinos por los que había votado hasta quedarse sin opciones.

Para él, España no era un país, sino un contratiempo, una anomalía que cambiaba de forma, de naturaleza, según las fechas y las circunstancias, como una enfermedad congénita, capaz de brotar y de desaparecer ella sola, o un grano rebelde que, sin picar mucho, tampoco deja nunca de resultar molesto. Ignacio Fernández Salgado, que nunca había estado en España, ya estaba harto de España, harto de la tortilla de patatas y de las sevillanas, de los villancicos y de los refranes, de Cervantes y de García Lorca, de los mantones y de las guitarras, de Fuenteovejuna y del Tenorio, del cerco de Madrid y del Quinto Regimiento, de comer uvas en Nochevieja y de levantar en el aire una copa de champán para escuchar siempre las mismas palabras, el año que viene en casa.

No se trataba de que sus padres fueran extranjeros. París estaba lleno de extranjeros y eso era soportable. Lo insoportable era ser hijo de exiliados españoles, haber nacido, haber crecido, haberse hecho un hombre en un exilio como aquél, denso, espeso, concentrado, estimulado a perpetuidad y perpetuamente torturado por la cercanía, la conciencia de esa frontera tan próxima y tan inalcanzable a la vez como un tarro de caramelos de colores situado un centímetro, sólo un centímetro, por encima de los dedos de un niño hambriento. Qué horror el exilio, aquel exilio ajeno que le habían obligado a vivir como propio, a él, que era francés, que no era francés, que no sabía de dónde era pero tampoco podía permitirse el lujo de que no le importara ser de ninguna parte, porque no había nacido en un país, sino en una tribu, un clan envalentonado de su propia desgracia, un campamento de nómadas inválidos y satisfechos de su invalidez, una sociedad de ingratos incapacitados para apreciar lo que tenían, una aldea de idiotas que no sabían leer los mapas ni vivir en el tiempo de los calendarios, los eternos y voluntariosos inadaptados que hallaban un placer malsano, intenso y difícil, en sus placenteras carencias, porque siempre les faltaba algo y sólo sabían disfrutar de la mitad de las cosas, siempre infelices, siempre a medias, siempre encerrados en las minúsculas dimensiones de una patria portátil, una presencia póstuma y fantasmal a la que llamaban España y que no existía, no existía, no existía.

Para los que se fueron a América sería distinto, porque ellos supieron poner el mar por medio, mucho mar, muchos kilómetros, otros acentos y la misma lengua. Ignacio Fernández Salgado habría preferido que sus padres se hubieran conocido allí, en cualquiera de aquellos países calientes, cercanos pese a la distancia, donde la Navidad ocurre en verano y levantar una copa en el aire, el año que viene en casa, sería a la fuerza una promesa liviana, risueña, desprovista de la gravedad que la proximidad y el frío hacían flotar sobre la mesa del comedor de su casa cada año, todos los años, y el que viene, en casa. Seréis gilipollas, pensaba él, qué casa tendréis, que no sea ésta... Luego miraba a su padre, a su madre, a sus abuelos, al espectro insensible de su tía Paloma, y se arrepentía de haberlo pensado, pero sabía que un año después pensaría lo mismo al escuchar las mismas palabras y que volvería a sentirse culpable sin tener la culpa de nada, porque él no era responsable

de su nacimiento, porque no había podido escoger otra fecha, otro lugar donde nacer, porque no podía dejar de pensar, dejar de sentir de esa manera.

Aunque su padre, su madre, no se dieran cuenta, Ignacio Fernández Salgado era muy consciente de que él no volvía a España. No podía volver, porque nunca había estado allí.

Almudena Grandes, *El corazón helado*, 2007

1. La relación de Ignacio Fernández Salgado con España resulta problemática. Demuéstralo apoyándote en el texto.
2. Analiza y comenta los sentimientos de Ignacio Fernández Salgado respecto a su familia.